

Mis autobiografías preferidas

Por ENRIQUE GUARNER

EXISTE un estilo literario, la autobiografía, del cual no he leído demasiado. El motivo parte de que como afirmaba Sigmund Freud los autores suelen conscientemente mentir en lo que nos transmiten, tornándose parciales en su favor. Sin embargo, dos de mis obras predilectas: "La forja de un rebelde" por Arturo Barea y "Confieso que he vivido" de Pablo Neruda, pertenecen a este género, por lo que he decidido dedicarle un artículo, aunque como señalo no puedo de ninguna manera considerarme experto en el tema.

Antes que nada afirmaré que la autobiografía, como su nombre indica, es la narración y recuento de la vida de uno mismo. Estos trabajos pueden realizarse sin la intención de publicarlos e incluyen cartas, diarios y memorias. Es en mi reminiscencias en las que me estoy apoyando para esta serie de artículos sobre mis predilecciones en distintas materias que escribo ahora para *Novedades*.

La primera autobiografía que cayó en mis manos fue una preciosa edición impresa en 1944 por Empresas Editoriales de México sobre las "Memorias" de Jacobo Casanova, las cuales debo haber devorado cuando apenas contaba con 18 años. La vida de este desahogado aventurero veneciano me interesó sobremanera, aunque pasado el tiempo estoy seguro que exageraba sus conquistas y el poder de su seducción. Casanova, quien viviera en el siglo XVIII era de hercúlea estatura y de color cobrizo africano. Sus ojos vivaces y penetrantes, luciendo peluca castaña gustaba a las mujeres, quienes se impresionaban por su carácter altivo y osado, así como su conversación ingeniosa y docta.

Stefan Zweig, autor del prólogo que poseo, decía: "A Casanova le basta en el encuentro con la hembra, el sexo opuesto y sus genitales para satisfacer su sexualidad. La belleza, el talento, la ternura son cosas secundarias ante lo que verdaderamente desea de la femineidad". En otras palabras, a la amplitud de su existencia le faltó profundidad, por lo que al retirarse a los 49 años de una vida libertina, buscó en las letras una compensación que lo llevó a legarnos las que sin duda constituyen sus interesantes "Memorias".

En contraste con este volumen al que clasificaré más como erótico que obsceno, tuve oportunidad de leer siendo adulto la que se considera como la primera autobiografía de la historia. Me refiero a las "Confesiones" de San Agustín? libro sugerente en el que el obispo de Hipona, quien viviera en el siglo IV de nuestra era, se da cuenta de que no existe la llamada inocencia infantil, porque los frutos de la maldad, las mentiras, las trampas, los hurtos y los engaños se inician desde que somos niños. Es decir, que el Santo sabía que la corrupción que padecemos en México se deriva de las lagunas morales transmitidas por los padres. Por lo demás, como se conoce, San Agustín fue un pescado redimido, aunque muchas de las faltas que nos cuenta resultan risibles en nuestros días.

Muchísimo más atractivo desde el punto de vista literario es la "Vida" de Santa Teresa de Jesús, autobiografía escrita por mandato de su confesor el dominico García de Toledo. La autora relata bellamente la niñez al lado de sus padres y cómo estuvo tentada de abandonar el camino de la virtud. En lo particular, por mi profesión de psicoanalista, siempre me fascinaron las transferencias positivas o negativas de la Santa con sus diferentes confesores. También es de admirarse la fundación con otras 12 carmelitas del Convento de Avila, así como las penurias que pasaron al sólo vivir de las limos-

nas. Los dos libros que describo están plagados de misticismo, lo que los hace un poco empalagosos.

Dos autobiografías influyeron de manera determinante para que siguiera la carrera de médico. La primera fue "Mi infancia y juventud", publicada en 1901 por Santiago Ramón y Cajal. Su claridad narrativa la convierte en una conversación con el lector, evitando toda hipocresía y puritanismo.

El segundo libro que contribuyó a que me hiciera psiquiatra fue el del sueco Axel Munthe, intitolado "La historia de San Michelle". Lógicamente la parte que más me interesó fue la de su práctica en París como especialista en afecciones nerviosas. Igualmente vale la pena releer su descripción de Jean Martin Charcot, uno de los maestros de Freud.

Tres escritores ingleses nos han legado atrayendo autobiografías. La más dramática es "Pretérita" por John Ruskin, editada en 1886, donde el autor nos cuenta la terrible infelicidad de su infancia, donde su madre fervorosamente puritana la prohibía cualquier juego, por lo cual de niño lo único que podía hacer era contar los ladrillos de la casa de enfrente. Además desde que contaba con cuatro años tenía que recitarle la Biblia desde el Génesis hasta el Apocalipsis.

Por el contrario, John Stuart Mill se encontró con un padre que hipertrofió su intelecto obligándolo a que a los tres años aprendiera el alfabeto griego. A los ocho ya había leído a la mayoría de los clásicos. Es más, a los diez comenzó a escribir un esquema sobre la historia de Roma. Lo anterior nos explica el que Stuart Mill propugnara como adulto por el Utilitarismo contra la especulación y el estudio.

Un pensador original del siglo XIX fue Thomas Carlyle, quien en 1883 escribió una autobiografía a la que intitoló "Santor Resartus", donde critica fuertemente a la sociedad inglesa que le rodeó y que como la nuestra encubría sus mentiras.

En 1925, Sigmund Freud escribió una "Autobiografía" en la cual se ocupa del origen del Psicoanálisis proporcionándonos algunos datos de su infancia. En el libro justifica las disensiones de Adler, Jung y Stekel, argumentando que permanecían dentro del esquema científico que iniciaron cientos de otros miembros. Resulta curioso el que la mayoría de los analistas reprimamos este trabajo inclinándonos por la investigación de los sueños de Freud que nos ofrecen un riquísimo material acerca de su inconsciente. La razón se deriva de que el genio vienés nunca quiso autoconfesarse y tendremos que esperar hasta el año 2000 para que se abra, como indicó en su testamento, su archivo personal.

Una autobiografía absolutamente rechazable en la que en la prisión de Lansberg escribiera aquel personaje detestable llamado Adolfo Hitler. Lamentablemente se dice que durante su vida llegaron a publicarse un millón de ejemplares de "Mi lucha", la mayoría de los cuales seguramente no fueron leídos jamás. El libro tergiversa la existencia del dictador, así como su complejo de inferioridad sexual. Recuérdese que durante su vida llevó al suicidio a las dos mujeres con las que se unió. Las ideas de su insignificancia son agrandadas hipertrofiando las cualidades de la raza aria nórdica. También podemos captar en sus páginas las ideas paranoicas sobre la conspiración judía. Por último, resulta interesante el que la edición alemana constara de 200 hojas más que la que se difundió por lo demás países del mundo, lo que significa que el propio autor censuró parte del contenido disfrazando el odio que sentía hacia la Humanidad.

Numerosos personajes prominentes de este siglo envueltos en los acontecimientos han escrito sus "Memorias". Entre ellos cabe destacar: Winston Churchill, Anthony

Eden, Charles de Gaulle, Mac Arthur, Eisenhower, Madariaga y otros. La mayoría de ellos, salvo las de Churchill, no sobresalen en cuanto a calidad literaria y en este tipo de reminiscencias prevalecen lo que los psicoanalistas denominamos "racionalizaciones", o sea, la utilización de argumentos favorables para las acciones que emprendieron, las cuales podrían ponerse en duda por el juicio de sus opositores.

En mi opinión, "La forja de un rebelde", de Arturo Barea, constituye una autobiografía magistral porque resume de manera sorprendente la historia de España en los comienzos de siglo; la campaña de África, finalizando con la proclamación de la República, la guerra civil y el destierro. Curiosamente esta obra fue publicada en inglés en 1946, traduciéndose posteriormente por el autor al castellano. En sus páginas no se puede observar una excesiva preocupación de estilo, sino por la claridad y precisión, siendo narrada en primera persona. Su protagonista Barea vivió cuando niño en la pobreza derivada de la injusticia social que le rodeaba. Ello no obsta para que nos describa con lujo de detalles el barrio de Madrid en que nació, los pilletes que constituyen la base de la picardía y más que nada la lucha de clases. El lector se va sumergiendo en esta lectura que le evoca una realidad alarmante tomando partido por el proletariado.

La segunda parte de "La forja de un rebelde" es para mí la mejor cuando Barea ha sido movilizad y participa en la campaña española en Marruecos. En ella aparece la bondad de los soldados contrastada con la disciplina que imponen sus oficiales. También se nos relatan componendas e iniquidades de una lucha sinrazón contra los musulmanes, quienes en el fondo eran los dueños de su territorio.

El tercer libro es el que se refiere a la proclamación de la República Española, las esperanzas fracasadas y a la guerra injusta suscitada por los conservadores y la clase pudiente contra su propio pueblo. En toda la obra se siente que Arturo Barea es un hombre indiscutiblemente sincero que no miente en ningún momento, aceptando su propia psicopatía en sus relaciones amorosas y la mala conducta que observó con su primera esposa. De todas maneras la espontaneidad del soliloquio hace de "La forja de un rebelde" uno de mis libros favoritos, demostrándonos que en este mundo algún día prevalecerán los ideales contra el materialismo que aporta el exceso del dinero, siempre derivado del egoísmo humano.

Es por esta misma razón por la que también admiro la autobiografía "Confieso que he vivido" por Pablo Neruda que se publicara en 1971. El autor utiliza una bellísima prosa para describirnos la región chilena en que nació, sus padres, los estudios en Temuco y posteriormente en Santiago. Todas las viñetas se enmarcan en la poesía como el episodio del cisne que no canta al morir. Viene después su desempeño como cónsul en oriente, sus primeros éxitos literarios, la guerra civil española que lo lleva a tomar partido por el socialismo y su simpatía hacia México, combinada con el odio contra su forma de gobierno. Al final prevalece su afecto hacia la Rusia soviética y la ambivalencia a China, con el paso de la llegada al poder en Chile de Salvador Allende. El fracaso del régimen trae aparejada la melancolía de Neruda, quien fue un hombre extraordinario, cuyas poesías eran recitadas lo mismo por un campesino de Verania, un minero chileno o un gran intelectual en París.

Podríamos concluir que la calidad del género autobiográfico dependerá de la sinceridad de los escritores que lo expongan, por lo que son los dos que cité al final del artículo los que mayor huella me dejaron.